



Revista de reseñas bibliográficas de Historia y Ciencias Sociales en la red

Año 5, Nº 8- Rosario- Argentina, Abril de 2012

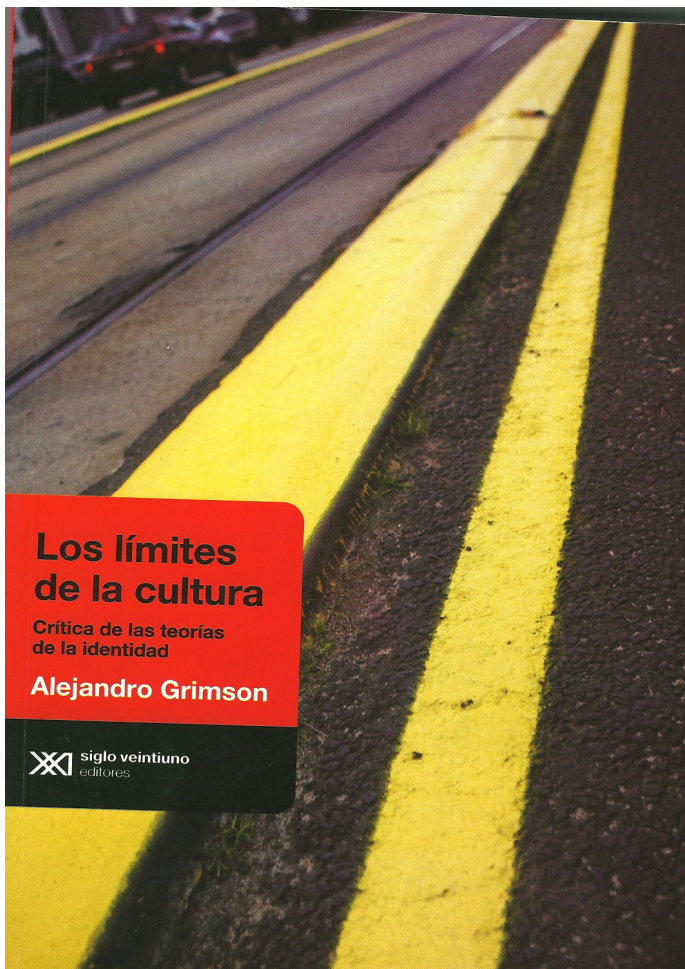
ISSN 1851-748X. Es una publicación del Centro de Estudios Espacio, Memoria e Identidad de la Universidad Nacional de Rosario, pp. 40-42

GRIMSON Alejandro, *Los Límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*, Buenos Aires, Siglo XXI ed., 2011, 266 págs., ISBN 9789876291569

Matías Aguirre¹

Universidad Nacional de Rosario

matiasaguirre8@hotmail.com



La obra de Alejandro Grimson nos invita desde el principio a desnaturalizar cierta concepción del término cultura, para reflexionar crítica e históricamente. Si bien es un libro enmarcado dentro de las corrientes antropológicas, es de suma utilidad para otros campos de las ciencias sociales. El propósito del autor claro está desde el principio: repasar las teorías epistemológicas que han construido diferentes significados del término, no sólo aquellos postulados clásicos decimonónicos que hacen referencia a la existencia de una “alta cultura” (una acepción aristocrática), sino también otras como el positivismo, funcionalismo, estructuralismo, idealismo, posmodernismo y constructivismo. La principal similitud que estas cosmovisiones comparten, es la de crear estereotipos o moldes culturales, como si cada parte del mundo se identificara con un tipo de cultura particular, invisibilizando las fragmentaciones y las fronteras existentes al interior mismo de cada sociedad. De esta

manera, la sugerencia del autor no es eliminar los conceptos de cultura existentes, sino problematizarlos, es decir, poder marcar y comprender cuáles son sus límites.

¹ Recibido: 20/12/2011

Aceptado: 14/02/2012

Siguiendo con esta línea, Grimson nos ofrece un abanico de posibilidades (ya trabajado desde diferentes áreas) para reflexionar. En primer lugar contextualizar, pensar históricamente, construyendo genealogías y no cronologías, abandonando la última mencionada porque implica un cronocentrismo y un seguimiento lineal y unívoco de procesos que pueden tener diferentes aristas en la reconstrucción de múltiples pasados. También una metodología a partir de la crítica al eurocentrismo, retomando elementos fundamentales de la obra de Edward Said, *Orientalismo*, como la humanización de las sociedades más allá de las diferencias visibles de comportamientos y actitudes. Con respecto a América Latina, observa la insuficiencia del multiculturalismo en el marco de las políticas neoliberales de la década del '90. Éstas últimas, reconocidas por las diferentes reformas constitucionales, según el autor “*buscaron dar con la cultura aquello que quitaban con la economía (...)*” (p.80). En este caso coincido en que el reconocimiento de una cultura no alcanza con aceptar, por ejemplo, en el caso argentino, la inclusión y la entrega de tierras a los pueblos originarios.

En otros capítulos, el autor retoma muchos de los postulados de Aníbal Quijano, sociólogo peruano que se ha encargado junto con otros pensadores, de criticar el eurocentrismo en las ciencias sociales a partir de inspeccionar las diferentes realidades latinoamericanas. En este caso, Grimson omite hacer referencia a la reivindicación de los derechos epistémicos, que en el contexto de las ideas del multiculturalismo, representa la propuesta más óptima para afirmar que sin el reconocimiento de diferentes saberes y sin romper con la visión jerárquica del conocimiento occidental, será muy difícil la construcción de una instancia social que genere derechos culturales y económicos para la inclusión. La violencia epistémica y la mutilación ideológica están ausentes en su obra, elementos, que tal vez, hubiesen sido piezas esenciales en el excelente rompecabezas que construye en torno a la crítica del eurocentrismo en el campo de las ciencias sociales.

Hasta aquí lo más relevante de la primera mitad del libro. Sin embargo, al continuar la lectura resulta innovador el concepto que el autor nos deja sobre el término cultura, fuera de la mirada que denomino *esferizadora occidental* (me refiero a la incesante división que solemos hacer en aspectos políticos, económicos, sociales y culturales), al respecto “*No hay algo humano fuera de la cultura: los modos en que pensamos la economía, la política, las instituciones están relacionados necesariamente a estos sentidos comunes, a estos hábitos que se han ido forjando a lo largo de la historia y a lo largo de los conflictos y de las maneras en que se fueron resolviendo (...)*” (p. 41).

Otro de los núcleos más interesantes de la obra refiere a la relación de cultura e identidad, tantas veces teorizada y analizada en el campo de las ciencias sociales. En primer lugar, el autor no las piensa como sinónimos. La clave, tiene que ver -según Grimson-, con la distinción, porque “*(...) dentro de un grupo social del que todos sus miembros se sienten parte no necesariamente hay homogeneidad cultural (...)*” (p. 139). Esto representa un desafío teórico, el de poder diferenciar las categorías de análisis para los estudios sociales, y distinguir cuál es realmente el régimen de prácticas en que los sujetos de estudios están imbuidos. La invitación está hecha “*(...) desnaturalizar la noción de que allí donde hay un color de piel o un origen común hay siempre una identidad compartida (...)*” (p. 145). Vale como ejemplo el análisis de Claudia Briones, referido a los mapuches. Existen entre los jóvenes distinciones que permiten formar subgrupos: *mapunkies* (mapuche *punk*), *mapuheavis* (mapuches *heavy*) y *mapurbes* (mapuche de alguna tribu urbana). Estas clasificaciones muestran la falta de homogeneización, y que un sujeto es simultáneamente muchos otros, que conviven en él identificaciones superpuestas, dada por múltiples determinaciones y construcciones sociales.

En definitiva, ¿cuáles serían, sumando a los argumentos que se exponen, las categorías más adecuadas para estudiar la sociedad de acuerdo a estas perspectivas?, Grimson propone tres. La primera de ellas, descartando los términos de aculturación, transculturación, articulación social e hibridación, prefiere el de “*fricción interétnica*”, que es mucho más rico y cómodo para el

investigador, ya que, “(...) *el gran aporte de este enfoque ha sido desvincular la cultura de la identidad. En la medida en que las identidades son construidas, inventadas y manipulables, pueden postular la existencia de fronteras culturales que no siempre son empíricamente verificables (...)*” (p. 149). Un segundo aporte, tiene más bien que ver con un cambio metodológico en las perspectivas que, generalmente, se adoptan para el análisis social. Según el autor, el Estado ha tenido un éxito específico, ya que puede imponer clasificaciones sociales y “(...) *en la medida en que la resistencia a los sectores dominantes se haya realizado en los términos en que los actores fueron interpelados: como obreros, como negros, como indígenas, como campesinos, como varones, como soldados, como consumidores (...)*” (p. 179). A partir de aquí, la tarea del investigador sería estudiar un grupo no desde la perspectiva hegemónica (es decir no como una “cuestión social”, así se lo estudió desde el Estado), sino desde abajo hacia arriba, desde las lógicas y representaciones de los mismos sectores subalternos que significan aquello que los rodean. De esta manera la identificación es una autodefinición dada por los actores sociales y no por el investigador que interpela las imágenes que este grupo configura acerca de los otros en una relación intercultural (los grupos se constituyen en relación con otro).

Pero es momento que entremos de lleno a cierta concepción que el autor anticipa en el comienzo de la obra y desarrolla específicamente en el capítulo cinco, -como una suerte de una tercera vía para el análisis de las sociedades-, me refiero al concepto de *configuraciones culturales*, “*Cuando hablamos de configuraciones culturales pretendemos decir que cada grupo significa, valora y jerarquiza sus propias diferencias de manera distintiva. Es posible que existan tantas diferencias relevantes en un grupo relativamente pequeño como en grupos, por ejemplo, que se constituyen en étnicos mediante un proceso migratorio (...)*” (p. 183). De esta manera la configuración cultural posibilitaría visualizar las particularidades dentro de una cultura; adquiere sentido en un contexto, es decir, representa una localización de sentido (permite pensar casuísticamente); históricamente ubicada, socialmente fabricada pero a la vez, susceptible de ser transformada, permite pensar empíricamente, implica “*encontrar límites culturales en los cuales los participantes perciben diferencias en los regímenes de significación. Allí dónde hay fronteras relevantes que nunca son absolutas, resulta crucial no pensar su ‘interior’ heterogéneo y desigual como ‘cultural’ sino más bien como configuración (...)*” (p. 178). La configuración cultural posee cuatro elementos que la distinguen: delimita *campos de posibilidad* (las representaciones posibles), actúa mediante *una lógica de interrelación* entre las partes (articula, separa, reúne) implica una *trama simbólica común* (lenguaje e instituciones) donde existe algo *compartido*. “*El concepto de configuración justamente permite comprender la heterogeneidad de cada espacio específico con sus desigualdades y jerarquías propias, la multiposicionalidad de las personas en los mundos contemporáneos (...)*” (p. 197).

En definitiva el libro de Alejandro Grimson resulta interesante, no sólo porque parte de muchas críticas al multiculturalismo con las que coincide, sino, además, porque su estrategia narrativa resulta accesible, utilizando un lenguaje fácilmente comprensible. Recurre frecuentemente a ejemplos para dar a conocer sus argumentos, valiéndose de sus propias experiencias como investigador. Además es un texto que interpela y sugiere diferenciar los usos técnicos que uno incorpora en la academia, de los usos sociales construidos en determinadas prácticas y que cobran sentido dentro de los grupos. De este modo las críticas que realiza a las teorías más recientes, permiten repensar cómo analizamos desde cualquier campo de las ciencias sociales, a los grupos estudiados. Seguramente que es una tarea dificultosa poder salirse de las categorías construidas en cierta realidad social occidental, o vistas desde del Estado. Pero el trabajo no es imposible, y ése también es el mensaje del libro. El término cultura, señalado por Grimson es tan amplio y abarca tantos sentidos que cualquier aspecto de la realidad puede ser pensando a partir de él. Y complementándolo, la configuración, brinda la posibilidad de pensar *con* el sujeto de estudio y no *sobre* el sujeto. Desde abajo, desde la construcción que el mismo grupo realiza, y no como se lo ha visto desde afuera. En síntesis, es un libro bien escrito, con prosa amena y ligera, una lectura rigurosa, y a la vez gratamente distendida.

Palabras clave: cultura, eurocentrismo, identidad, configuraciones culturales.
Key Words: culture, eurocentrism, identity, cultural configurations.